

EL PREGONERO DE DESIERT

Año 2, número 4, octubre - diciembre de 2019



PÁG.19

SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR III

por Mario Montani

PÁG.05

CITLALLI XOCHITOTZIN SENSIBILIDAD Y POESÍA

por Gabriel González Núñez





La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas mormones. Agradeceremos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas
@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.

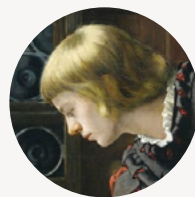
ILUSTRACIÓN Adolph Tidemand

EN ESTE NÚMERO

Editorial	3
Autora <i>Citlalli H. Xochitiotzin</i>	5
Poema <i>Nena</i>	7
Poema <i>Gratitud</i>	8
Poema <i>Canto de una abuela</i>	10
Poema <i>En la alborada</i>	11
Poema <i>La primera Navidad</i>	12
Cuento <i>Anexo documental I</i>	14
Novedades	17
Oficio <i>Sobre el arte de escribir III</i>	19

NUESTRA PORTADA

Adolph Tidemand (1814 - 1876) fue un pintor noruego inscrito en el romanticismo. Hemos seleccionado varias de sus pinturas para engalanar las páginas de este número de *El Pregonero de Deseret*.



EDITORIAL

En el año 1888, el obispo Orson F. Whitney hizo un llamado a los escritores santos de los últimos días, encomendándoles crear una «literatura propia», una literatura cuyas obras «no solo den honor a vosotros y a la tierra y a la gente de la que habéis salido sino que también sean de beneficio y provecho para toda la humanidad». Casi un siglo después, en 1977, el presidente Spencer W. Kimball esbozó su visión de las artes en el evangelio restaurado, en la que intuía que «[n]uestros escritores [...] con la inspiración de los cielos podrían producir una perdurable obra maestra». Aunque estas dos visiones no son idénticas, lo que tienen en común es la noción de que los santos de los últimos días tenemos la capacidad de crear obras literarias del primer orden y que, de un modo u otro, tenemos el deber de hacerlo.

Desde 1888 hasta la actualidad, miles de miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días han ensayado distintas expresiones artísticas, entre ellas las literarias. La literatura mormona se ha expresado en muchos géneros: piezas teatrales, himnos, poemas, ensayos, cuentos y novelas. Esto es alentador, sobre todo para quienes leen en inglés. Y ahí se presenta el dilema para los santos de habla hispana, ya que la producción de esta vigorosa literatu-

ra se ha dado casi exclusivamente en el idioma de Shakespeare. Claro, a lo largo de la historia el centro demográfico de la Iglesia ha sido Estados Unidos, y el idioma más hablado por sus prosélitos, el inglés. Este centro demográfico ahora se va trasladando hacia el sur del planeta, y sin embargo, no parece estar acompañado por un surgimiento de letras mormonas en español.

¿Dónde están, entonces, las voces SUD de los hijos de Cervantes? No dudamos que están. En los cajones de las mesitas de luz. En los diarios personales. En los cuadernos de tapa blanda. En hojas sueltas. Cifrados en gigas de memoria. Colgados en páginas aisladas del ciberespacio. Pero están. En alguna parte están.

Así que **hacemos hoy un llamado a todos nuestros lectores, invitándoles a escribir, a contar historias mormonas en clave hispana, a relatar todo aquello que sea «de beneficio y provecho para toda la humanidad», a crear «una perdurable obra maestra».** De modo tal, estimados lectores, que esperamos en los números venideros tener la oportunidad de publicar muchas de sus voces, para beneficio y provecho de todos.



Obispo
Orson F. Whitney



Presidente
Spencer W. Kimball

A woman with dark hair and glasses, wearing a denim jacket over a patterned top, stands in front of a large, active fountain in a park. The background shows trees and a brick building. The text is overlaid on the left side of the image.

AUTORA

CITLALLI H. XOCHITIOTZIN, SENSIBILIDAD Y POESÍA

por Gabriel González Núñez

Citlalli H. Xochitiotzin cuenta con una **larga carrera en el ámbito literario y cultural**. Desde principios de los 80 hasta la actualidad ha publicado poemas, ensayos, literatura infantil y hasta una novela. También se ha destacado en la promoción de la cultura, organizando talleres, fundando institutos y fomentando la creación de bibliotecas.

Todo este empuje proviene de las impresiones que dejó en ella su infancia. Su padre, **Desiderio Hernández Xochitiotzin**, fue un extraordinario muralista mexicano de renombre internacional. Él apostó a la lectura en su familia, e invirtió en la compra de libros, enciclopedias, diccionarios para que sus hijos leyeran. Fue así que nació en la pequeña Citlalli un amor por la lectura que la llevaría a transitar a lo largo de la vida por las páginas de Julio Verne, San Juan de la

Cruz, Octavio Paz y muchos más. Su madre, Lilia Ortega Lira, fue actriz de teatro no profesional. A ella le gustaba cantar en las fiestas y narrar historias a sus hijos para ponerlos a dormir. La influencia materna fue crucial en el desarrollo de Citlalli.

En este ambiente de pintura, libros, canto, teatro y cuentos, la niña Citlalli cultivó una sensibilidad por lo estético. Cuando visitaba con sus hermanos a su abuela, armaban espectáculos de danza, canto y declamación. Allí estrenó su opera prima: una obra de teatro en la cual un árbol expresaba sus deseos de no ser cortado.

La temática de esta pieza teatral infantil refleja que Xochitiotzin cultivaba también la compasión por el dolor ajeno. Desde muy pequeña empezó a preocuparle el porqué del sufrimiento. «En mi ciudad natal —dice al

evocar su infancia en Puebla— recuerdan el sacrificio expiatorio de Cristo con esculturas muy dolientes, expresivas, dramáticas. Desde muy pequeña quise entender por qué lo hacían sufrir, por qué la insistencia anual de llorarle y no de sanarle o ayudarle. Me negaba categóricamente a que mis padres me llevaran a esas procesiones dolientes y desesperadas de mujeres y hombres volviendo a llorar sin resolver el dolor de Cristo o el de otros. Me aprendí de memoria el verso de **San Juan de la Cruz**: “No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor; muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muéveme tus afrentas y tu muerte. / Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera.»

Sus inquietudes en cuanto al dolor ajeno la llevaron a estudiar filosofía, aunque no por ello dejó de sentir la seducción de la literatura que, nos dice ella, siempre «fue como respirar». Para Xochitiotzin la literatura, en particular la poesía, «es un fenómeno estético que alimenta el espíritu. [...] Como las escrituras, es el diálogo con Dios». Por ese motivo, no le sorprende que las autoridades generales de la Iglesia citen con frecuencia a los grandes autores de la literatura universal.

Sobre la relación entre la literatura y el evangelio, Xochitiotzin reflexiona: «La Iglesia centra su enseñanza en los libros sagrados; es así como el Señor trabaja. Pero es la belleza en la que Él también trabaja. Ahí está los himnos, ahí está el Artículo de Fe número 11,



aspiramos a lo mejor, y ahí está en los principios: Dios es un giro perpetuo, inteligencia pura, y somos semejantes a Él. El aprendizaje no está peleado con los retos educativos de la sensibilidad que tenemos como humanos. La dureza de corazón, la insensibilidad de la que habla el Libro de Mormón, y el apocalipsis que viviríamos en los últimos días no son un impedimento para asumir la literatura y el arte. Dios nos pide aprender, refinar nuestro espíritu; un espíritu refinado aspira la belleza del entorno, de la música, del arte, de la armonía. Dios emplea la belleza como un lenguaje didáctico no solo ético. Impacta su belleza, y nos transforma».



Alentada por esa visión de la función didáctica de la belleza en el plan de Dios, Xochitiotzin considera que los santos de los últimos días tenemos algo importante que aportar a las letras. «El mundo está como está por la dureza que invade todo», lamenta. Acto seguido, remata: «Queda por escribirse una literatura de América Latina con lo que estamos observando desde la visión de nuestro testimonio».

Xochitiotzin entiende que el camino no es fácil. Suelen faltar en igual medida apoyo, tiempo y recursos. Sin embargo, ella mantiene la esperanza de que otros también se esmeren por producir esa literatura que emana de la sensibilidad que proviene del Espíritu. Por eso, nos deja con un consejo directo y

amplio: «Si alguien quiere ser escritor, se tiene que preparar, trabajar: a leer, a estudiar, a saber de la tradición literaria en su país y en la literatura universal, a buscar editor, a pelearse con el texto, a ser resistente, a ser sano en tu pensar, a remar contra corriente, a buscar tener a Dios de tu lado para que te apoye y proteja».

Este es el reto, y el ejemplo, que nos deja Citlalli H. Xochitiotzin, sensible poeta de nuestros días.

poesía

NENA

Citlalli H. Xochitiotzin

Hay días que salir de la caverna de sábanas es una conquista como subir al Éverest o
atravesar el canal de Panamá nadando.

Tomo el pretexto para lanzar las cobijas por el costado
y aplaudo la proeza de aventarme al abismo,
lavarme los dientes y acicalar el cuerpo con una ducha de jabón, agua,
y una mueca de alivio en el ánimo.

Me miro en el espejo y observo: más lejana a lo que pensé de mí hace años.

Tomo la absoluta resolución de disfrazarme de encuentro con mi pasado
y escojo las prendas.

Me abro espacio desde la jungla de mi habitación al estudio
y corro tras la dicha que suele jugar a esconderse,
me apresuro,
corro,
tropiezo con algún hilo y desanimo,
aprisa abro este libro,
este inmenso libro.

poesía

GRATITUD

Esther Yepiz Nieto

Al alba me he levantado.
Voy camino a la montaña
para dar gracias al Padre
por haberme regalado
con el don de ser mujer.
Me he bañado tempranito
con el agua de los ríos
y me he vestido de blanco
como un hada primorosa;
he puesto sobre mis sienes
una corona de lirios,
y he cortado con ternura
para mi Padre una rosa.
Con los brazos extendidos
voy camino a la montaña.
Se ha impregnado ya mi pelo
del perfume de las flores.
Ya tengo las manos llenas
del rocío de la mañana
y me ha saturado el bosque
todos sus gratos olores.
Con fervor y gratitud
voy cantando a la montaña.

He pedido a los arroyos,
a los vientos y a las aves
que acompañen mi canción.
Siento el amor de Dios
como un fuego en mis entrañas,
y me he puesto de rodillas
en humilde oración.
La brisa y las aves del bosque
me murmuran al pasar
que ser mujer es un don
grande y maravilloso
que Dios me ha querido dar.
Los vientos, el eco de la montaña
y el agua de la cascada
gritan al verme llegar:
¡MUJER! Palabra sagrada,
fuego del hogar,
canción de cuna,
ternura y sacrificio,
luz de luna,
vientre que da fruto,
madre de naciones,
HIJA DE DIOS.

poesía

CANTO DE UNA ABUELA

Gladys M. de Brunetto

Acá hay un niño dormido,
dormidito entre mis brazos,
y es como si yo acunara
la realidad del milagro.

Mi cariñosa vigilia
celosa su sueño vela.
Y una sonrisa traviesa
en sus labios aletea.

¿Qué cosa piensan los niños?
¿Qué ven sus sueños tan blancos?
Una dulzura inefable
me va llenando las manos.

Y en la punta de mis dedos
se hace caricia y me gana
una sonrisa que es llanto
y una tibieza que es lágrima.

¡Mi niño, niñito mío!
¡Cómo quisiera guardarte!
¡Cómo quisiera que el mal
no fuera nunca a tocarte

y apartar de tu camino
las espinas que te esperan!
Mas... ¡ay! que la vida es tuya,
y tuyas serán las pruebas.

Hoy te tengo entre mis brazos
y eres mi luz y mi estrella,
un tibio copo de carne
en los brazos de tu abuela...

poesía

EN LA ALBORADA

Rubén Darío Gaviláñez

¡Oh Gran Dios Divino, Poderoso!
sopla aire frío en la hoguera del pecado
permite que la sangre de Cristo omnipotente
refresque el alma ardiente de los condenados.

¡Qué plan minucioso has concebido!
ya que nada divaga entre las sombras
pese a que la luz ha compartido
la misma Palabra creadora que las nombra.

Una estrategia intraceleste se ejecuta
y las huestes seráficas se apresuran,
la reyerta primera a la batuta,
los músicos alados de poder a la obertura
con espada presta en la absoluta
verdad de la boca pía en su abertura.

A Miguel elevaste a tu regazo
y probó muy niño parte de tu gloria,
juntaron «Yo Soy» y «Él Es» en un abrazo,
a sus hermanos miles, su herencia y su memoria.

Y por esa Libertad coexistente con Dios en el
inicio
no se pudo renunciar a su destello,
ni vestir de soga y de cilicio
a cada hijo obediente, puro y bello,
Libertad que volaba paralela al viento alisio
como alisio era y es el Santo Espíritu,
y la sonrisa del Cordero como sello.



poesía

LA PRIMERA NAVIDAD

Celina de Lípori

Los ángeles cantan glorias, los cielos están de fiesta;
Con aleluyas y cantos dan bendición a la tierra...
Velando están los pastores en la lejana Judea:
la noche es clara, divina, cual si música se oyera
y bendiciones celestes sobre los mundos cayeran.
E iluminando la tierra como si un milagro fuera,
un resplandor de los cielos ha bajado y ya se acerca
con sus dorados reflejos cual si un nuevo sol hubiera...
Mas es un ángel del cielo que trae gloriosas nuevas;
es un ángel del Señor que, enviado por Él, dijera:
«¡Hosanna! ¡Oh gran contento! En esta noche ha nacido
un Niño; Niño divino que a los hombres salvará
dando por ellos la vida porque para eso fue ungido;
un Niño; Niño perfecto que a todos redimirá...»

Y entre sonos de campanas, de trompetas y timbales,
magníficos y sonoros se oyen coros celestiales
con sus cánticos de triunfo, de aleluyas, de loor...

De rodillas los pastores sus oraciones elevan
y un ejército de ángeles anuncia la Buena Nueva:
que ha nacido entre nosotros nuestro Rey y Redentor.

Es la noche más gloriosa. ¡La primera Navidad!
Vendrán otras, muchas otras que su recuerdo traerán
cuando resuene en los ámbitos de toda la Cristiandad.

En los cielos, en la tierra, en las nubes, en el mar...

Y entre himnos de aleluyas voz celestial se oirá
que postrará de rodillas a la entera humanidad,
cantando: «¡A Dios, gloria en las alturas!
¡Gloria a Dios en las alturas y haya en la tierra paz
a los hijos de los hombres en su buena voluntad...!»

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Hoy es nuestra Navidad!
El día en que nació Cristo siempre glorioso será;
siempre será día bendito. ¡Será siempre Navidad!

cuento

ANEXO DOCUMENTAL I

Gabriel González Núñez

Omar Ibayú nació en una fecha no determinada anterior a 1800, probablemente en San Francisco de Borja. La escasez documental sobre esta etapa temprana de su vida crea una serie de misterios, que se ve reflejada en las muchas leyendas infundadas sobre su infancia, como aquella que sostiene que solía conversar con los venados y las aves que rondaban el pueblo en que se crio. Por fortuna, la porción de su vida dedicada al ministerio está bien documentada. Él mismo llevó copiosos registros —siempre con su elegante caligrafía, posiblemente adquirida durante los años en que se cree que vivió en Purificación— en forma de cartas, diarios, memorias, etc. A continuación presentamos un fragmento del primer relato de la Aparición Gloriosa del que se tiene constancia. Hemos recogido este material de una carta que envió en enero de 1823 al padre Damián, un franciscano de San Miguel Arcángel con quien hasta ese momento Ibayú llevaba una estrecha relación. Queda de manifiesto en la carta la profunda diferencia de cosmovisiones que desencadenará en la llamada Huida del Año XXV:

«Vmd. me ha inspirado siempre la mayor de las confianzas y es por ello que le señalo con

todo el amor fraternal que en mi seno se anida que es tiempo de que los pueblos abran los ojos y conozcan todo cuanto Jehová anhela comunicarles. Dios siempre ha demostrado sus bondades a los naturales de esta tierra, y si por unos tiempos ha permitido en su infinita sabiduría que seamos víctimas del yugo del cautiverio, es porque procura nuestra purificación para que como su pueblo llevemos el dulce evangelio a los confines de la tierra como él mismo mandó a sus discípulos en los días primeros. No ha de triunfar la iniquidad pues el Cielo nos protege y de aquí a poco todos los naturales del Paraná lo sabrán, así como del resto de estas tierras. Yo mismo pecaba de ignorancia sin conocer todas estas y muchas otras cosas, hasta que Diosito en su infinita piedad envió en pos de mí a tres indios de Colombia llegados a esta reducción de San Borja tras atravesar todo el Tahuantinsuyo. Sus nombres no los puedo revelar, pero básteme con decir que eran discípulos del Agnus Dei.

»Un lunes al salir yo de la misa de la tarde me encontraba tornando un cedro en harpa cuando entraron en el taller tres varones de escasa estatura. Me daba cuenta que eran indígenas de América como yo, pero su apariencia

era diferente a la de españoles y americanos. Vestían unos largos ponchos azules y sombreros del mismo color y por alpargatas portaban una suela con atadura que les resguardaba sólo la planta del pie. En lugar de llevar el cabello suelto lo tenían atado en una larga y curiosa trenza. Entre sí hablaban una lengua que me dijeron era la de los quichuas pero, como ellos ignoraban casi todas las lenguas de estos lugares, no sabiendo hablar ni guaraní ni portugués, nos comunicábamos en castellano. Solícitamente me pidieron agua por lo cual los llevé a mi casa y les di de beber. Por varias horas nos dedicamos a una tertulia que quien la escuchase la hubiese considerado un desperdicio de tiempo, ya que me explicaban con detenimiento lo errado de las supersticiones de los naturales de todas estas tierras, que no deseando seguir a nuestro Señor Jesucristo adoraban dioses ajenos y temían a los espíritus. De igual modo me explicaron muchas cosas que a Vmd. he expresado más arriba, sobre que se aproxima la hora de la liberación de los naturales de estas tierras y me invitaron a rezar en recogimiento buscando la voluntad de Jehová Dios.

»Partieron esa misma tarde rumbo al río, sin darme explicaciones sobre su destino, pero muchas de sus palabras calaron en mis entra-

ñas, perturbándome el ánimo por varios días. Ya me resultaba difícil dedicar mis fuerzas a mis obligaciones, faltando incluso a las cosechas de las lechugas y las remolachas por meditar profundamente las palabras de los tres forasteros. Decidí en este género de circunstancias apartarme a la selva para rezar como me habían mandado y estando como a una legua del pueblo me hiqué de hinojos y me persigné. En un momento sentí un ruido en torno a mí, como si una tropa de bandeirantes rondase el sitio y un grande temor se apoderó de mis pensamientos. Quise ponerme de pie pero una niebla oscura ascendió hacia mí y me sentí como impedido por unas fuertes cadenas.

»Aterrado clamé a Diosito que se apiadase de mí y fue entonces que ocurrió el prodigioso milagro en que miles de mariposas blancas descendieron en torno a mí, posándose en el suelo, en la maleza, en las copas de los árboles y con su aleteo disiparon la siniestra niebla. Levanté la mirada y vi de pie frente a mí en el interior de una gigantesca llama ardiente a dos varones bellos y luminosos. Uno de ellos, de enormes barbas y larga cabellera negra, apuntó al otro y hablándome en mi hermosa lengua guaraní me mandó dar oído a éste, su Bienamado y Santo Hijo. El otro dio un paso hacia adelante y levantó las palmas de las manos,

mostrándome las heridas sangrantes de su crucifixión. Dirigí la mirada a los pies y allí también estaban las infames marcas. Y cuando lo miré a los ojos vi su rostro, su demacrado rostro, bajo la cruel corona de espinas, lo cual me movió de sobremanera. En sus ojos vi puro amor cuando dulcemente me decía que yo renunciase a mi religión a la Madre Iglesia ya que el solo propósito de ésta era preparar el corazón de los hombres para recibir el evangelio verdadero, el cual me será restablecido por boca de mis antepasados. Me explicó muchas cosas más tras lo cual los dos se internaron entre los árboles hasta desaparecer de mi vista, partiendo en pos de ellos todas las bellas mariposas que inmóviles fueron dulces testigos de esta gloriosa aparición. ¡Al poner por

escrito para Vmd. todo esto que me sucedió, el recuerdo me hace temblar el puño pero no el corazón, el cual me reboza de infinita gratitud por la grandeza y bondad de Diosito y su tierno Hijo, que amándome tanto me escogieron para ser su profeta en estas tierras americanas!

»Si nada de esto he revelado antes es porque me mandaron no decir nada hasta que la divina Providencia dejase en claro que era el momento de hacerlo. El momento ha llegado, como anoche me lo manifestó otro piadoso y amado aparecido que vi junto a mi propio lecho. Con licencia de Vmd. le contaré de esta segunda aparición y todo lo que en ella me sucedió...»



NOVEDADES

Queremos contar a nuestros lectores de la existencia del **Centro para las Artes Santo de los Últimos Días** (Center for Latter-day Saint Arts). Se trata de una organización sin fines de lucro cuyo objeto es celebrar y estudiar diversas artes mormonas, desde 1830 hasta el presente, mediante exhibiciones, actuaciones, estudios académicos, crítica y el mantenimiento de una base de archivos. Establecido en la ciudad de New York, el Centro, organizado tres años atrás como *Center for Mormon Arts*, cambió recientemente su nombre para ajustarse a las sugerencias del presidente Nelson. Se encuentran en su mesa directiva: Richard Bushman, Profesor de Historia por la Universidad de Harvard, donde enseñó, así como en las Universidades de Boston, Delaware, Columbia y BYU. Su biografía de Joseph Smith, *Rough Stone Rolling*, es considerada el trabajo más importante realizado hasta la fecha sobre el particular. También es uno de los editores de *Joseph Smith Papers*. Glen Nelson, poeta, guionista, escritor, editor y autor del libreto de *The Book of Gold*, una ópera sobre José Smith y el Li-

bro de Mormón. Entre los integrantes del Comité Ejecutivo y el Consejo Asesor también se pueden encontrar nombres reconocibles en diversas artes y estudios: Claudia Bushman, James Faulconer, James Goldberg, Laura Allred Hurtado, Craig Jessop y Steven L. Peck. El Centro es una organización administrada totalmente por voluntarios y mantenida a través de donaciones. No es una dependencia de la Iglesia pero ha recibido la atención de sus líderes; cuando el Centro organizó en 2017 por primera vez un festival, contó con la presencia del élder Dieter F. Uchdorf, del Quórum de los Doce Apóstoles, y su familia.

Entre los libros que la organización ha publicado sobre temas artísticos pueden mencionarse: *Mormon Cinema, Origins to 1952*, de Randy Astle; *Nzambi (God)*, del artista angoleño Hildebrando de Melo, y *The Kimball Challenge at Fifty*, una serie de ensayos sobre el desafío del presidente Kimball en cuanto a las artes. También mantiene *The Center's Studio Podcast* con entrevistas mensuales a artistas e investigadores, actuando Glen Nelson



Richard Bushman, cofundador del Centro para las Artes SUD, junto a Julián Mansilla, participante en el Festival de Artes 2019.

como anfitrión, y un canal de YouTube bajo su nombre en el cual aparecen ya 55 videos sobre las actividades llevadas a cabo. Recientemente ha desarrollado el *Come, Follow Me (Art Companion)*, una fuente artística de aparición semanal de apoyo al programa *Ven, Sígueme*.

Pero, sin duda, una de sus actividades principales es el Festival de Artes anual, **que en 2019 ha logrado su tercera edición**, bajo el subtítulo de *New Voices: In Film, Art, Literature, Dance, Theater, and Music* (Nuevas voces: en cine, arte, literatura, danza, teatro y música), con el que ha buscado extender el conocimiento de las artes mormonas a otras regiones del planeta. La mayor parte de los eventos se desarrollaron en la Biblioteca, la Galería, el Salón de Conferencias y el Teatro de la Italian Academy, en el campus de la Universidad de Columbia durante los días 28 y 29 de junio pasado, e incluyeron un cierre musical en el teatro The Kaye Playhouse, ubicado en la Calle 68, entre las avenidas Park y Lexington.

Nuestra Cofradía pudo tener acceso a los detalles del Festival gracias a la presencia de Julián Mansilla, músico argentino de Bahía Blanca, quien fue uno de los participantes internacionales con su presentación «Tangos de Otro Puerto», y que nos relatará su experiencia en próximas ediciones de *El Pregonero de Deseret*.



OFICIO

SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR III

Joven príncipe
en su estudio
Adolph Tidemand.

por Mario R. Montani

«Escribir es un ocio laborioso»
(Johann Wolfgang von Goethe, 1749- 1832)

Retornamos al tema de cómo escribir. No hay fórmulas, sólo mucho trabajo. A veces funcionan sugerencias o consejos de quien ya tiene el hábito, otras veces, no. En el siglo XVIII, se suponía que un buen poeta debía versificar con facilidad, recibiendo inspiración de las musas o algún espíritu especial del que estaba dotado. Alexander Pope, un escritor inglés de esa época, famoso por su perfección formal, leía a sus colegas y otros admiradores los versos «que había escrito ese mismo día, en unas pocas horas». A su muerte se supo que, en realidad, pasaba noches enteras sin dormir, corrigiendo y puliendo afanosamente sus obras. Un escritor necesita escribir para dar vuelta su interioridad, para defenderse, para hablar de lo que lo enoja y de lo que ama. Necesita escribir por mil razones, y tal vez ninguna sea la misma razón por la que otro escribe, pero tienen eso en común: NECESITAN hacerlo.

De modo que Musa = Observar, Planificar, Recapacitar, Practicar, Estudiar, Corregir, Corregir... Volver a corregir.

Vlady Kociancich en un capítulo de su colección de ensayos *La raza de los nerviosos*, al que denominó «La cocina del escritor», declaraba:

«La pregunta que más desasosiega a un escritor es: ¿Cómo escribe? Si no fuera por una cuestión de cortesía, los escritores responderían simplemente: como puedo. No es una declaración de incompetencia. Es, por el contrario, uno de los pocos agrados que trae la madurez en el oficio. Haber aprendido que se puede.

»La verdadera cocina de un escritor es el aprendizaje de sus debilidades y sus fuerzas. La convicción es el estilo. El método se adquiere gradualmente, entre entusiasmos y arrepentimientos. El orden de hechos, personajes, escenas, imágenes, palabras, se revela, a veces bruscamente, en ese momento de verdades concentradas en una sola racha luminosa que llamamos “inspiración”, a veces sólo a medida que se avanza en el relato. Una vez escrita la novela o el cuento, esa vida que uno vivió mientras escribía se vuelve distante y ajena. Para recuperarla, sólo hay un medio. Escribir otro libro.

»Pero ay, la cocina desborda de materiales, de textos sobre el tema, de combinaciones acertadas, hasta de visitantes bienintencionados que le traen al cocinero un faisán o una liebre (“tengo una historia genial para que usted la cuente”)... Y está solo, en la cocina de imponente blancura, la página vacía, y con el hambre de escribir, con la insoslayable necesidad de hacerlo». (Vlady Kociancich, *La raza de los nerviosos*, Seix Barral, 2006, Buenos Aires, pág. 152).

